

ANTONIO CABRERA  
El minuto y el año

*Nueva edición revisada*

## ÍNDICE

Nota a la presente edición, 7

Nota del autor, 9

### I. SOL AMARILLO, HIERBA VERDE, 15

El laberinto de las setas, 17

Lejanías, 19

Agua verdadera, 22

Refugio, 24

Tres juguetes, 27

El horizonte marciano, 30

Enero y los asfódelos, 32

Defensa del tener, 35

La paloma de Kant, 37

Tántalo, nuestro nombre, 40

Análisis de sangre, 42

Belleza y neuronas, 45

Balada de la azotea, 48

La hora del jacarandá, 50

Venus maléfica, 52

Lentes, 54

El calor, las obviedades y Chéjov, 56

Entropía en julio, 58

Viajes, 61  
Dulces, 64  
Gestos en agonía, 67  
Derrida y Superman, 69  
Las fechas de Ussher, 71  
Nuestro otoño, 73  
Componente norte, 76  
Ruidos de fondo, 79  
Con luz de oriente, 81  
El retrovisor, 84  
Ejes, 86  
Solo para los ojos, 88  
Carga y descarga, 91  
Frío, 93  
Días de paracetamol, 96  
Sol amarillo, hierba verde, 99

## II. BESTIARIO, 101

Año del águila, 103  
Estorninos con crepúsculo, 105  
Por ser azul, 108  
El gorrión universal, 111  
Las golondrinas, 113  
El grillo, 115  
Las hormigas, 117  
La avispa, 120  
La salamanquesa, 122  
Mariposas nocturnas, 124  
La cigarra, 127  
Comadreja sin filosofías, 129  
El petirrojo: otoño, 132

Cielo con grullas, 134  
Aproximación al buitre, 136  
Absolución del cuco, 139  
El ruiseñor, tal como es, 142  
Los vencejos, 145

### III. LA SOMBRA PROPIA, 149

Carreteras sin nadie, 151  
Buscando espárragos, 154  
Compasión, 157  
La sombra propia, 159  
Concordia primaveral, 161  
Médula de la tarde, 163  
Un respeto, 165  
El granado, 168  
Tormentas secas, 170  
Demasiadas cenizas, 172  
Ventanas, 174  
La antiaventura, 177  
Otra vez la tarde, 179  
Nuestros muertos, 181  
Tres observaciones de interior, 183  
Sobre el ver claro, 186  
Concentrados e interrumpidos, 189  
Visita al mar de diciembre, 192  
Quimera del reloj nuevo, 195  
Las albercas, 198  
Oboes, violas, trompas, 201  
Momento de la luna matinal, 204  
Pequeña diatriba contra el viento, 207  
Colgar un cuadro, 210

El despeinado, 213  
Los faros, 215  
Mundo real y mundo leído, 218  
*Haikus*, 220  
El insecto en la página, 222  
Mirar obras, 224  
Ámbar, 227  
Retornos de lo inerte cercano, 230  
Obligaciones del paseante, 233

NOTA DEL AUTOR  
A LA PRESENTE EDICIÓN

*Transcurridos diez años desde su primera edición, este libro cuenta ahora con nueve fragmentos menos, los que a mi consideración y a mi oído de hoy les han parecido prescindibles. He revisado a fondo la escritura tratando de eliminar impurezas y grumos expresivos. Me sigue sorprendiendo que en su día estas piezas tuvieran cabida en la prensa diaria (edición valenciana de ABC), pues casi nunca coincidieron sus temas con los titulares que las acompañaron. Hablaron (hablan) de otra actualidad: el minuto y el año cíclicos, impasibles, presentes.*

*Valencia, septiembre de 2018*

NOTA DEL AUTOR  
A LA PRIMERA EDICIÓN

*Las prosas reunidas aquí se escribieron a lo largo de tres años, entre octubre de 2003 y septiembre de 2006.*

*El calendario les dio turno y ocasión, a menudo con recurrencia en los temas. Se habla en ellas de encuentros con instantes y objetos cotidianos, de clases de luz, de situaciones meteorológicas, de plantas, de animales en su estación o de sucesos que se produjeron casi siempre en segundo plano.*

*Y aunque de este modo quizá su atención se centra menos en el drama del mundo que en su escenario, estas prosas levantaron acta —mientras transcurrían y volvían a transcurrir los días, las semanas, los meses— de algo cuya huella en la conciencia demandaba expresión: el triunfo constante de lo real más inmediato y presente. Un triunfo que no nos derrota, sino que nos va haciendo.*

*La Vall d'Uixó, marzo de 2008*

*A mi hija Adelina,  
que me lee el pensamiento.*



*la labor del minuto y el prodigio del año.*  
Rubén Darío

I

Sol amarillo, hierba verde

## EL LABERINTO DE LAS SETAS

SIEMPRE HE PENSADO QUE octubre es un mes del que nadie quiere defenderse. Otros meses, sin duda, concitan simpatía, y mucha, pero me atrevo a afirmar que ninguno goza de una preferencia tan unánime como la alcanzada por este rojizo mes que ya se va, una vez encarrilado el otoño en dirección a la desnudez más bien invernal de noviembre. Al pasar nos ha entregado el declive grato de su luz y alguna cosa más que es de justicia agradecerle: entre otras, las primeras naranjas —las mejores— y la ocasión de salir, se diría, al puro concepto popular de bosque, a su arquetipo, al bosque donde uno no puede dejar de imaginarse recolectando setas.

Como todos los años, he acudido hasta cierto pinar de Bejís, en el interior meridional de Castellón, con el propósito de derramar algo de mi tiempo en la búsqueda de un hongo dulce, el mízcalo o nízcalo o rebollón o *rovelló* o *esclatasang*, esa seta fácil de distinguir, democrática y benigna, que con tanta razón la ciencia botánica llama *Lactarius deliciosus*. Confieso que mis cosechas nunca alcanzan cantidades espectaculares; sin embargo, me dejan complacido, además de darme la oportunidad de tener la experiencia que paso a referir.

Me veo entrando en la fresca columnata de los pinos por ninguna puerta, pero de ese modo accedo a un laberinto, a un espacio que me va a separar del mundo durante unas horas; un dédalo, desde luego, sin muros y sin hilo del que tirar y, afortunadamente, sin minotauro alguno que amenace o que deba ser vencido. El garabateo de los pasos sobre la tierra húmeda traza una red de pasillos con rumbo a algún gozoso hallazgo. Se trata de un labe-

## LEJANÍAS

HAY ALGO NUESTRO, UN artilugio humano, navegando por el espacio hacia el espacio. Estará desplazándose muy velozmente, pero uno se lo imagina en el blando flotar que nos han enseñado las películas, con un fondo de vals interminable, o en la silenciosa lentitud rápida de la ingravidez, ese territorio de lo físico donde parecen tolerables e incluso coherentes las contradicciones. Ha anunciado la NASA que el Voyager 1 acaba de llegar al borde del sistema solar tras veintiséis años de viaje. Se encuentra ahora a trece mil millones de kilómetros de la Tierra, en plena travesía por una zona sideral alejada de nosotros el equivalente a ochenta y cinco veces la distancia de nuestro planeta al Sol. Se acabará la heliosfera y la nave traspasará la frontera del imperio del astro rey rumbo a una zona que los científicos confiesan desconocer. El impensable viento solar se verá entonces sustituido, dicen, por el plasma interestelar, concepto este que produce en nuestra terrícola mente la imagen de algo líquido pero vertiginoso, otra cosa imposible, otra metáfora consoladora de los poetas astrónomos.

No obstante ser su posición actual mucho más que remota para nosotros, la Voyager 1 no ha alcanzado aún un alejamiento significativo a escala cósmica. Después de todo, un AVE fulgurante llegaría en doce horas luz al lugar por donde ella pasa actualmente, recorrido todavía factible para nuestra errada imaginación. Imaginamos que no está lejos, pero lo está. Y al pensar en la insondable lejanía que tiene por delante, no se puede evitar una desazón de

## AGUA VERDADERA

ESTOY CASI CONVENCIDO DE que la pureza no debe ser anhelada (por eso prefiero no estar completamente convencido). Se trata de un concepto antipático cuya persecución en las tareas y propósitos de la vida vale la pena evitar, entre otras cosas porque, al fin y al cabo, seguramente es un espejismo, cuando no un fraude. En alguna página de Pessoa creo haber leído una expresión de agradecimiento por la existencia de la imperfección, «pues así hay una cosa más en el mundo». Sustituyo la imperfección por su prima la impureza, y eso me ayuda a concebir el universo vital con mayores claroscuros, con la serenidad veteada de ignorancia que se deriva de experimentar lo no simplificado. Si pureza es simpleza, entonces nos conviene más vivir en lo impuro, cosa que sucede lo queramos o no. ¿Para qué ridiculizarnos buscando algo que, de existir, solo podría ser encontrado por casualidad y, en tal caso, nunca habríamos de reconocer?

Soy más proclive a aceptar la pureza en ciertas cosas no humanas, que dan en ser puras sin el molesto filo de la vanidad o el reproche. La admito, e incluso la deseo, en los alimentos. Entiéndaseme: no se vea aquí un rasgo mío neurótico, una caída en la triste ortorexia. Otras son mis neurosis. Me refiero al agradable encuentro con un tomate exacto, con una carne caminada, con el breve espárrago del campo, con la baya madura... Cosas de una pureza involuntaria, inconstante por estacional, exenta de aureola. Y, por encima de todas ellas, me refiero al encuentro con el

## REFUGIO

EL CALOR NO SOLO dilata los cuerpos, a muchos nos afecta también de otro modo: envuelve nuestro pensamiento en una estéril neblina de malestar. La llegada del otoño empieza a disiparla, y la puntualidad del invierno o su adelanto la erradican por completo. Así que cuando bajan las temperaturas compruebo cómo aumenta en mí esa placentera serenidad que se deriva siempre de cualquier tipo de reconciliación. Cuando hace frío me reencuentro, siento que encajan otra vez las piezas del puzle que soy, movidas como estaban, ligeramente montadas unas sobre otras por efecto de pequeños seísmos interiores que molestan a mi intimidad porque la desdibujan en un grado no intenso pero difícil de combatir, como si llevara lentes mal graduadas con las cuales, sin embargo, estuviera obligado a ver las cosas.

Comparada con la del verano, la hostilidad del invierno casi equivale a cero. Me refiero, claro, a este invierno de la costa mediterránea, tan benévolo, tan corto, tan quiero y no puedo. Nada que ver con la azotada intemperie de las altas tierras aragonesas y castellanas; ni por asomo semejante a los cristales heladores del Pirineo o de los montes cantábricos; alejadísimo también del aliento gélido que flota en las anochecidas ciudades centroeuropeas. Este es un invierno de catarro y sol, bien poca cosa, pero aun así, con cierta teatralidad, hemos de protegernos de él.

Por aquí, a la primera ocasión echamos mano de la bufanda para anudarla al cuello (que forme un lazo elegante, blando), y dejamos de añorar por fin la cordialidad de la lana y el peso del

## TRES JUGUETES

LAS MAÑANAS DEL DÍA de Reyes solo suceden de verdad durante la infancia. Esta mañana, pues, está ocurriendo exclusivamente en las neuronas temblorosas y cálidas de los niños, con un grado de realidad ya no accesible para nosotros. Para los adultos —también para los que tienen hijos pequeños e incluso para aquellos que no estén de acuerdo conmigo— esta mañana simplemente *transcurre*. Estará llena, sí, de un ajeteo encantador o de uno fatigoso, y su transcurrir podrá ser denso en ambos casos, pero a la vez carecerá de la profunda intensidad con que las horas traídas por el amanecer de hoy pasan para el niño y la niña que están tocando sus juguetes.

Para ellos la mañana de hoy *ocurre*, es decir, contiene la lentitud y el vértigo propios del tiempo cuando avanza en armonía plena con la vida. Semejante conjunción constituye un acontecimiento precioso, porque con mucha más frecuencia vivimos un sucederse antes que un suceder. Junto a nosotros, pero sin nosotros, cada 6 de enero los niños se hallan en esa circunstancia. Dejémosles jugar. Mientras tanto, una de las cosas que podemos hacer los adultos es evocar este tiempo cuando era tiempo que nos ocurría.

Al hacerlo me viene siempre a la memoria la imagen de algunos juguetes míos y las sensaciones que los acompañaron. Nunca voy a olvidar tres de ellos. Me los dejaron los despistados Reyes (en dos de los casos no los había pedido) en años diferentes. Con nitidez me veo ante la reproducción a escala de un avión de pasajeros de la Panam, un reluciente aparato de fuselaje blanco simétricamente rayado con dos líneas rojas y dos líneas azules. Tras